

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7056

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 115 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 16 DE MAYO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado en metal de 6 letras de fácil cobro.— La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.— No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

UN DICTÁMEN DEL DOCTOR FERRAN.

Consultado el doctor Ferrán por el señor presidente del Ateneo Mercantil de Valencia acerca de las medidas de policía sanitaria que hoy por los hombres de ciencia sabio profesor con esta inmediatez remitiendo al Sr. García Monfor la siguiente carta, que fué leída en la reunión general de los greñinos, y que dice:

«Agradezco en extremo la honra que me hace; tan pronto como haya podido disponer por completo de las condiciones materiales necesarias, que será muy en breve, tendré el gusto de ponerme á sus órdenes para el asunto de la inoculación colérica.

Pláceme mucho ver personas respetables y autorizadas como usted, aceptar con entusiasmo un descubrimiento que por ser mio, no me atrevo á publicar, pero que basado en otros hechos sorprendentes de la moderna ciencia, tiene en su apoyo la lógica y el experimento, único á que se debe sujetar hoy sus actos en la investigación de los hechos de laboratorio y en el estudio del enfermo los médicos concienzudos, los prácticos de buena fé. Y ya que, con una solicitud que me envidio, me pide usted datos y me ruega usted que algo le diga de la cuestión que á propósito del estado sanitario de esta hermosa provincia tanto preocupa á ustedes, permitame que aun á trueque de hacerme pesado, le exponga con algun detenimiento mi opinión.

Comisionado oficialmente en el pasado año por el municipio de Barcelona para estudiar el cólera en el Mediodía de Francia y entregado desde hace mucho tiempo al estudio de los microscópicos seres que son causa de las enfermedades infecciosas, y á quienes la ciencia moderna ha hecho cargar con el sambenito de las grandes epidemias, he tenido ocasión de descubrir hechos nuevos en la vida del microbio colerígeno; hechos comprobados detenidamente por la Academia de Medicina de Barcelona y que me han valido tributo inmerecido de parte de mis colegas compatriotas, que yo renuncio gustosamente en obsequio de la medicina española y consideración y amistad, que yo estimo en mucho, de microbiólogos extranjeros de los que el moderno saber es tributario.

Porque no le quepa á usted duda: el cólera morbo asiático es una enfermedad debida á la introducción en el cuerpo humano de una planta microscópica, que alojada en los intestinos y multiplicándose allí con fecundidad pasmosa segrega ó fabrica un veneno que absorbido mata con rapidez que asombra.

Aun en el terreno de las hipótesis, si esta creencia pudiera llamarse teoría, sería la única que llegara á explicar más claramente, y sobre todo su propagación, porque no hay nada que se reproduzca sin ser vivo, y la causa del cólera vive y se multiplica y se difunde con brevedad pasmosa.

Afortunadamente, la ciencia tiene la seguridad completa de que un hongo microscópico, invisible á simple vista, llamado por el alemán Koch *bacillus virgula* y al que ya la prensa médica nacional y extranjera haciéndome un honor inmerecido bautiza con el de *peronospora Ferran*, es la causa del cólera. En todos los cólericos, y solo en ellos se encuentra, de ellos puede recogerse siempre que se quiera y que se sepa: en el laboratorio puede cultivarse á voluntad y tomándolo de un cultivo puro, con él se puede producir el cólera á los animales por medio de inyecciones hipodérmicas, como yo lo he conseguido cuando Koch y Virchow lo creían casi imposible; como mis queridos amigos Nicahi y Biesch, de Marsella, y mi estimado colega Van Ermenhem, de Bruselas, lo han conseguido también por medio de inyecciones duodenales, y como puede lograrlo cualquier experimentador perito cuantas veces lo desee.

Y es más: ese mismo cultivo puro, donde no hay otra cosa sino caldo y el virgula en asombrosa multitud microscópica, y donde por consiguiente no hay en absoluto nada, por otra parte, sobre que cargar la responsabilidad, ese mismo cultivo inyectado en el hombre produce frialdad, malestar, náuseas, calambres, hasta reacción febril. ¿Se quiere más? Ninguna otra creencia puede presentar mayores garantías, nada más puede exigirse al método experimental, y nadie que no haya asomado en su vida á un laboratorio ni haya tenido entre sus dedos el tornillo de un microscopio, tiene derecho á dudar.

Usted dirá, respetable amigo, que á donde conduce esto, y yo tengo que responderle que precisamente el conocimiento de que el virgula es la causa del cólera y la posesión que hoy tenemos de las condiciones que necesita el virgula para vivir y multiplicarse, cosas todas que hemos conquistado en pocos meses, han hecho que la ciencia actual piense de distinta manera que el pasado año sobre la profilaxis de las enfermedades, y tenga hoy otra idea de las cuarentenas, de los lazaretos, de los cordones y del aislamiento individual. ¿Lo quiere usted más claro? Los que como yo conocen al virgula y tienen ya costumbre de verle vivir y reproducirse, matar conejos y perros y trastornar

hombres, los que saben como se propaga, consideran lógicas la mayor parte de las medidas que la higiene recomienda.

Y no es esto aventurado ni ligero. El microbio colerígeno necesita para vivir pocas, poquísimas condiciones: humedad, calor, cierta escasa cantidad de materia orgánica, esto es todo; allí donde lo encuentre se reproduce en millones y en millones, en el fango de una calle, en el agua de un pozo, en un rincón de la acequia que sirve para el riego, en la corteza de una fruta, en el troncho de una hortaliza, en el pliegue de un trapo húmedo, etc., etc. Y aun cuando la vida de este pequeño ser se extingue á veces fácilmente por la competencia con otros microbios, como en la putrefacción, en otras ocasiones fáciles de sospechar, imposibles de precisar, se prolonga en silencio hasta que llega el momento favorable, cuando por variación de condiciones para reproducirse más y más pronto al modo de un reguero de pólvora que se inflama. Así han demostrado mis buenos amigos Nicatti y Rietsch, de Marsella, que el virgula vive más de 80 días en el agua súcia de los puertos de mar; así yo he podido comprobar su existencia en un cultivo abandonado en el laboratorio después de tres meses. Hay, pues, dos características en la vida de este microbio: facilidad suma para vejetar en cualquier parte donde haya un poco de agua, unos cuantos grados de temperatura y una corta cantidad de sustancia orgánica; posibilidad de vivir oculto sin revelarse por medio de efectos nocivos durante un tiempo más largo de lo que hace poco aun se creía.

Ahora, dígame usted, respetable amigo, ¿puede el hombre con todas las medidas restrictivas del mundo atacar al germen en todos los rincones, en la huerta, en la casa, en la letrina, en las aguas potables, con completa seguridad de que lo ha destruido y con entera confianza de que ha evitado para lo futuro su propagación? Seguramente que no; la experiencia lo confirma. Acordonar lo invisible, lo microscópico, es un delirio, créame usted.

Y voy en este sentido á presentarle á usted ejemplos prácticos que le convencerán mejor. ¿Cuando se acordona y se aísla á un pueblo? Cuando el cólera se ha declarado oficialmente. Pues ya entonces han pasado algunos días entre dudas y vacilaciones sostenidas y alimentadas, no por los médicos, tan calumniados en estos tiempos (que bien saben todos, viejos y jóvenes, encanecidos é imberbes, diagnosticar la enfermedad), sino por

el mismo espíritu público que tem y protesta contra las medidas de restricción, y en estos días de vacilaciones han pasado días y semanas.

¿Ha habido tiempo y voluntad para que las deposiciones hayan sembrado los gérmenes por medio de las corrientes de las aguas, de que estas se hayan filtrado á través de las letrinas, de que hayan sido arrastrados fuera de la población, y por medio de los ríos, hayan llegado á otros pueblos, tal vez muy lejos del positivo origen. ¿Acaso la experiencia no obliga con fuerza á creer que el germen se transporta en la proporción de la contaminación, en que además, en otros tiempos, han precedido á las epidemias, han entrado y salido, á veces por agua, algunos de ellos tal vez atacados de una ligera diarrea que por las condiciones orgánicas del organismo que los recibe no permitiera una infección colérica. ¿Puede uno pensar en el cólera continuado, y que, sin embargo, arrastrado virgulas por las deposiciones, las aguas, en poblaciones distantes. Esto puede suceder, jamás el cordón y el lazareto, la cuarentena y la fumigación se han establecido viviendo aun el primer atacado.

Y vengamos al aislamiento individual en la casa del enfermo. La ciencia, en la última epidemia, ha demostrado que las deposiciones más abundantes en virgulas suelen ser las primeras y las primeras deposiciones son precisamente también las que menos carácter colérico presentan: el individuo se siente apenas indispuesto, se vé obligado á deponer sin molestia y hasta sin dolor, en el casino, en el teatro, en casa de un amigo, y no dá importancia á la cosa. Algunas horas más tarde se agrava, se mete en cama, llama al médico, declara esta la enfermedad, se aísla al enfermo, la familia, los vecinos, la casa entera. ¿De que sirve esto ya, si los gérmenes de las primeras deposiciones han sido sembrados antes en diferentes sitios, y aun cuando el enfermo no haya salido de casa, van corriente abajo por las alcantarillas después de algunas horas?

Buenas serían en teoría las medidas restrictivas, si el germen colerígeno no fuera un ser microscópico que se escapa á la investigación ordinaria, que puede filtrarse, ser arrastrado, y en pocas horas convertir en lejano y apartado rincón que ni si quiera se sospecha, los cientos y los millares en innumerables millones.

Por eso los acordonamientos han resultado siempre ineficaces, y los mismos higienistas que los aconsejaron no los admiten como factibles en absoluto, sino como aplicables á nacio